
Capítulo XX.

Nuevas tribulaciones.

A medida que avanzaban los sucesos, Cortés, en medio de los triunfos que alcanzaba, se hallaba atormentado por la vacilación y la duda.

—Se acerca el día,—exclamaba,—en que todo el imperio de Méjico se halle sometido á mi dominio.

Como vasallo fiel, deberé ofrecer todos mis triunfos, todo el territorio conquistado, al monarca de España.

Pero ¿caso encontraré en la corte el premio de los sacrificios que he arrostrado?

De ningún modo.

La camarilla á cuyo frente figura el arzobispo de Búrgos, intrigará para que no sean recompensados mis servicios.

De esto no tengo duda; lo que me ha dicho Francisco de Garay antes de morir confirma mis sospechas.

El era también un auxiliar del ambicioso prelado, y el objeto de este tendía á desprestigiarme, á arrebatarme la gloria á tanta costa adquirida, para engrandecer á su cómplice Diego de Velazquez.

Pero y si yo consiguiera hacer comprender al emperador Carlos V la generosidad de mi conducta, la grandiosidad de la empresa que he llevado á cabo, y agradecido él me confiase un alto puesto en palacio que me permitiera vengarme de todos mis enemigos, ¿no gozaria una inmensa satisfacción?

Seguia sosteniendo estas luchas, y su imaginación le aconsejaba algunas veces hacerse emperador de los países conquistados.

Para decidirle más y más á optar por esta última resolución, el sentimiento filial le hacia ver que entonces podria indemnizar á sus padres de las privaciones sufridas, ofreciéndoles una vejez tranquila y llena de las mayores comodidades.

Preocupado se hallaba por tan contrarias ideas, y no sabia qué partido tomar, cuando un mensaje que recibió de Marina le distrajo de su meditación.

—«Ha llegado á mi noticia,—le decia la india,—que los de Luahutemaltan, Utlatlan, Chiapa, Xochnuxco y otros pueblos de la costa del Sur, que despues de la rendición de Méjico te habian jurado paz y amistad, se vuelven atrás, excitados por algunos mejicanos expatriados.

»Tratan estos de salvar á Guatimozin de tu poder, y ya han obtenido la promesa de que les ayudarán los pueblos referidos.

»Está sobre aviso, y piensa en la que nunca te olvida.»

—¡Pobre mujer!—exclamó Hernan Cortés, cuando terminó la lectura del mensaje.—Se desvive por mí, vela continuamente por mis triunfos, y cuanto yo hiciera por ella, seria poco para recompensar su generosa conducta; pero á decir verdad, no es todo cariño lo que la impele: hay una parte de egoismo. Aspira á ser mi esposa, y por más que sea muy digna, seria en mí una locura darle este título.

Yo necesito ir á la córte, unirme allí con una mujer de ilustre estirpe; la fama de mis hazañas hará que se crea muy dichosa la que yo elija. Si, sí; quiero vengarme de mis enemigos presentándome á ellos rico, dichoso, unido á una mujer de las que más brillen en la córte; quiero, en fin, hacer una vida fastuosa por todos conceptos.

Pero dejemos el porvenir, y ocupémonos del presente.

Yo quisiera ir á castigar á esos rebeldes que tan inicuamente faltan á la fé jurada; pero no debo separarme de aquí.

La conspiracion que se trama para salvar á Guatimozin puede tener ramificaciones en la ciudad, y yo no debo separarme de aquí.

Enviaré una expedicion y confiaré el mando de ella á Alvarado.

Recuerdo en este instante que diferentes veces me han suplicado que en cuanto se sublevara cualquiera poblacion le diera el encargo de pacificarla.

Además es valiente, tiene gran pericia militar, y nadie tan á propósito como él para sustituirme en esa empresa.

Apenas llegó á noticia de los demás capitanes que Alvarado era el elegido para desempeñar aquella mision, se despertaron las ambiciones entre ellos.

Todos querian encargarse de aquella expedicion, y acordaron coaligarse para malquistar á Cortés con Alvarado.

Se presentaron al caudillo, y una vez en su presencia, tomó la palabra el más audaz.

—Ha llegado á nuestra noticia,—le dijo,—que Cuahutemollan, Utlantan, Chiapa, Xochmixco y otros pueblos de la costa del Sur, se han sublevado, que tratan de salvar á Guatimozin.

—Es cierto,—contestó Hernan Cortés.

—Sabemos tambien que para castigarlos vá á salir una expedicion dentro de breves dias.

—Tambien lo es.

—Lo que nos ha estrañado sobremanera es que el elegido para mandarla sea Pedro de Alvarado.

—¿Y quién os autoriza para inmiscuiros en mis planes?—respondió Hernan Cortés, indignado por la osadía de aquellas palabras.

—Perdonad nuestro atrevimiento. Vuestro bien y la consolidacion de las conquistas verificadas, nos han impulsado á presentaros á vos.

—No os comprendo.

—Me explicaré. Alvarado es indigno de la honra que quereis concederle.

—¿En qué os fundais?

—Ya sabeis que en Méjico se conspira. Pues bien; Alvarado está en inteligencia con los conspiradores.

—¡Oh! Eso es imposible.

—Creedlo, señor; es ambicioso, y aspira á arrebatáros la gloria de vuestras conquistas.

—Callad, callad; no puedo consentir que en mi presencia se murmure de uno de los más valientes capitanes, de uno de mis mejores amigos.

—Fácilmente podeis convenceros de la verdad que encierran mis palabras.

—¿De qué modo?

—Mandando llamar á Alvarado é indicándole que le habeis elegido para mandar esa expedicion. Estad seguro de que no aceptará, porque los planes que medita. los propósitos que abriga, reclaman en Meji-co su presencia.

—Retiraos,—dijo Cortés, porque deseaba quedarse solo para estudiar lo que deberia hacer en aquella ocasion.

Los capitanes le obedecieron.

Cuando hubieron salido de la estancia:

—Pero, ¡Dios mio!—exclamó el valeroso caudillo,—¿será posible que nunca me vea libre de traidores?

Yo no quiero creer lo que esos capitanes me han dicho de Alvarado; pero si efectivamente no es cier-

to, ellos meditan algo en contra mia y quieren despertar mis sospechas respectó á mi amigo para que no descubra sus planes.

De todos modos, no hay tiempo que perder.

Que se conspira es indudable.

Yo arrancaré la máscara á los conjurados, y cualquiera que sea su jerarquía, cualquiera que sean los lazos que me ligen á ellos, he de hacer un terrible escarmiento.

Llamemos ahora á Alvarado, exploremos sus intenciones, y sabremos á qué atenernos.

Así lo hizo en efecto, y cuando llegó el valeroso capitán comenzó la escena á que van á asistir nuestros lectores.

Capítulo XXI.

Donde verá el lector los motivos que impulsaron á Pedro de Alvarado á emprender su viaje á las Indias.

—Desde hace algun tiempo se nota en vos,—dijo Cortés, abordando la cuestion,—más actividad, más vida que otras veces, y no falta quien atribuya este repentino cambio á bastardas ambiciones.

—Ambicion tengo, en efecto; pero es muy legítima. Desde el tiempo que estoy á vuestras órdenes se ha despertado en mí la ambicion de gloria al ver los continuados triunfos que han coronado nuestra empresa.

Cortés fijaba en él su mirada escrutadora, porque las palabras que acababa de pronunciar casi confirmaban las sospechas que en él habian despertado los enemigos de Alvarado.

Pero con la sagacidad y exquisito tacto que carac-

terizaban al caudillo, trató de conocer indirectamente los propósitos que abrigaba su interlocutor.

—Siempre ha sido para mí,—le dijo,—un misterio vuestra salida de España. ¿Tendreis inconveniente en decirme los motivos que os impulsan á ello?

—De ningun modo; antes por el contrario, celebro esta ocasion que justificará mi ambiciosa conducta y ese cambio que decís se nota en mí desde hace algunos dias.

El haberme alistado para la expedicion de las Indias, fué por una cuestion de familia.

Mis padres eran enemigos de los de una mujer á quien yo amaba con toda mi alma.

Por ningun concepto querían estrechar relaciones con ellos, y por lo tanto se opusieron á mi casamiento.

Conocian mi carácter impetuoso, y no podian hacerlo ostensiblemente.

Recurrieron á un ardid, y el resultado coronó sus deseos.

Me hicieron creer que Carlota Patiño, que este era el nombre de mi futura esposa no me amaba.

Interpretaban su natural candor por fria indiferencia, y lograron despertar sospechas en mi alma.

Desde aquel momento dejé de verla.

Dominando la pasion que me inspiraba, dejé pasar dias y dias sin que de mí tuviera la menor noticia.

Carlota, aunque correspondia á mi amor, al ver

mi extraña conducta, hizo lo que hacen generalmente las mujeres en ese caso.

Herido su amor propio por mi desvío, dió oídos á las amorosas instancias de un apuesto galán, y algunos meses despues supe que iba á unirse á él con indisolubles lazos.

La noticia de este suceso que me alejaba para siempre del objeto de mi cariño, avivando en mí la pasión que sentia hácia Carlota, me decidió á ir á hablarla.

Sobornando á la dueña á cuya vigilancia la habian encomendado sus padres, pude acercarme á ella.

»—Vienes tarde,—me dijo;—dentro de breves dias se efectuará mi casamiento.

»—¿Es decir, que eres gustosa en esa union?

»—No culpes á nadie; tu inconcebible conducta justifica la mia.

Estas palabras hicieron renacer la esperanza en mi corazón.

»—¡Carlota!—exclamé con cariñosa alegría.—Segun eso, ¿me amas? ¡Ah! Si es así, no desoigas la voz de tu corazón. Sigüeme; yo te juro por la fé de caballero hacerte mi esposa. Considera que esa union que proyectas puede causar el tormento de toda tu vida.

»—No prosigas, Pedro,—añadió;—hoy sólo me resta obedecer á mis padres.

»—¿De manera que desoyes mis súplicas?

»—Sí.

»—¿Por qué?

»—Ya lo has oido; tengo que acatar la voluntad de mis padres.

»—Dí más bien que amas á tu prometido.

»—¡Ah! ¡Eso sólo Dios lo sabe! Lo único que te suplico, si en algo me estimas, es que te alejes de mi lado.

Ciego de cólera, estuve á punto de sepultar en su pecho mi puñal.

Reflexioné, sin embargo, y comprendí que era indigna de un caballero tan villana accion.

Me retiré triste, desolado y con la hiel en el alma.

Por entonces se preparaba la expedicion á estas lejanas regiones, y para distraer mis penas me alisté, creyendo que el tiempo borraría el recuerdo de Carlota.

Cortés escuchaba con religioso silencio la relacion de Alvarado.

Este prosiguió:

—Creia que aquella mujer no me amaba, toda vez que iba á unirse con otro, y sin embargo he tenido ocasion de saber que no era así.

—¿Y cómo habeis averiguado?...

—¿No decís que habeis notado en mí más actividad, más alegría que otras veces desde hace pocos dias; no decís que habeis notado,—repuso,—como que despertaba á una nueva vida?

—Es cierto, y precisamente á eso atribuian que conspirábais contra mí, que creiais próximo el momento de realizar ambiciosos ensueños.

—¿Y habeis podido creer en mí semejante infamia?

—Nunca.

—Voy á ser leal, para que me comprendais mejor.

Hernan Cortés redobló su atencion.

—Os escucho,—dijo.

—Momentos antes de morir Garay he tenido con él una conversacion, que me me ha hecho ver con cuánta ligereza habia juzgado á Carlota.

Me olvidaba deciros que mi amada era prima hermana de la mujer de Garay.

Este me ha dado una noticia que ha devuelto la alegría á mi corazon.

—«Momentos despues de vuestra partida á las Indias,—me dije,—cuando se iba á celebrar la boda, declaró Carlota que no amaba á su prometido. Sus padres se indignaron por aquella declaracion, y la llevaron á un convento.

»Allí permaneció algun tiempo, hasta que más tarde, al venir yo á estos lugares, á ruegos de mi esposa, salió del convento para acompañarla miéntras yo estuviese fuera.

—Ya habreis adivinado que mi mayor deseo ha sido desde entonces volver á España con un nombre glorioso que poder ofrecer al objeto de mi cariño.

Juzgadme en vista de lo que acabais de oír, y decidme si soy digno de conservar la amistad con que siempre me habeis distinguido.

—Podeis contar con ella eternamente,—dijo Cortés, estrechando con efusion la mano de su amigo,—Y para daros una prueba de ello, os voy á confiar el mando de una expedicion que vá á salir en breve. En ella podreis alcanzar gloria y provecho. Esperadme un instante; voy á reunir los capitanes que han murmurado de vos, y en su presencia declarareis si aceptais ó no lo que os prōpongo.

En presencia de todos declaró solemnemente Alvarado que aceptaba aquella honrosa mision, y acto continuo comenzaron los preparativos necesarios para emprender el viaje.

Mucho sintieron los que asistieron á aquella entrevista que al fin fuera Pedro de Alvarado el elegido para aquella empresa.

Sabian que en las provincias sublevadas habia grandes criaderos de acije, azufre y alumbre, y veian con pena que tenian que renunciar á los pingües beneficios que se prometian.

Algunos tambien creian, por la relacion que les habia hecho uno de los soldados aliados, que en Utlatlá poseia una india un tesoro considerable, y esta noticia habia despertado en ellos la idea de apoderarse de él.

No sabian, sin embargo, que aquel tesoro era ilusorio.

Como más tarde hubo ocasion de averiguar, lo que habia causado la admiracion de cuantos indios le habian contemplado, eran lentejuelas y cuentas de vidrio de las que en diferentes ocasiones habian

repartido los españoles en los países que recorrían, y que la india había cambiado por alhajas de oro y plata, considerando aquellas baratijas como de un valor inapreciable.

Sigamos á Pedro de Alvarado.

Capítulo XXII.

La conquista de Utlatlan.

Animado el valeroso capitán por las ideas que le dominaban, emprendió su marcha el día 6 de Diciembre de 1523.

Hernán Cortés había puesto á su disposición trescientos españoles, de ellos cien arcabuceros, ciento setenta caballos, cuatro piezas de artillería y muchos indios de guerra y de carga para conducir las provisiones.

También formaban parte de la expedición cuatro personajes mejicanos, que habían querido compartir con Alvarado los azares de la campaña.

Fue por Tecoahtepec á Xochmixco, y después de haber intimado á la rendición á los de esta ciudad, haciéndoles comprender lo desatentado de su con-

ducta no hallando eco sus palabras en los rebeldes, peleó con ellos, causándoles desastrosas pérdidas.

Terminada la batalla, fijó sus reales en un monte, que por sus condiciones era el sitio más á propósito para estar á cubierto de una agresion.

Pensaba dirigirse al dia siguiente á Zapotulan, y queria que sus soldados reposasen de las fatigas ocasionadas por la lucha con los de Xochmixco.

Seria poco más de la media noche, cuando los centinelas que vigilaban en tanto que descansaban sus compañeros, condujeron á presencia de Alvarado tres indios que vagan al rededor de su cuartel.

Les preguntó que objeto les llevaba á aquellos sitios en tan avanzada hora, y le contestaron que iban á buscar miel, que abundaba, en efecto, por aquellos contornos.

No se ocultó Alvarado que eran espías de los de Zapotulan.

Fingió, sin embargo, que no sospechaba de sus intenciones les agasajó espléndidamente, y al despedirse de ellos les recomendó que al cacique y señores de su pueblo le dijeran de su parte la mision que allí le llevaba, advirtiéndoles que si no se sometian á su obediencia sufririan las consecuencias de su rebellion.

Les hizo ver los elementos de destrucion con que contaba, hicieron en su presencia algunos disparos los arcabuceros, jugaron los caballos, y confió que aquellos simulacros le evitarian tener que empeñarse en nuevas luchas.

Esperó tres dias sin obtener respuesta alguna, y convencido de que las intenciones de los habitantes de Zapotulan eran darle la batalla, quiso reconocer por sí mismo el terreno para estar prevenido.

Los caminos eran muy anchos, pero el real y los que iban á las calles principales estaban interceptados con gruesos troncos de árboles.

Estando en estas exploraciones, se vió acometido por infinitos indios.

Sostuvo con ellos encarnizados combates, en los que fueron heridos muchos españoles y algunos caballos, y muertos numerosos indios de uno y otro campo.

De Zapotulan fué á Quezaltenauco en tres dias.

El primero pasó dos rios con mucho trabajo.

El segundo un puerto muy áspero y de una extension de cinco leguas.

Peleó en una barranca con cuatro mil enemigos, y más adelante en llano con treinta mil, logrando desbaratarlos á todos.

Lo que más atemorizaba á los contrarios eran los caballos.

En cuanto se aproximaban á ellos, huian desparvoridos.

Todo lo desconocido infunde pavor; y como jamás habian visto aquellos animales, su terror era inmenso.

Se rehicieron en la falda de una sierra, y cayeron de nuevo sobre los españoles.

Algunos eran tan osados, que para poder matar á los ginetes se cogian de las cotas de los caballos.

No hay para qué decir que este imprudente arrojamiento les costaría la vida.

Los disparos de los cañones y arcabuces, las cargas de caballería, los pusieron en dispersión.

Alvarado los siguió en su huida, causándoles nuevas pérdidas.

Murieron algunos españoles, y quedaron heridos muchos.

Al día siguiente de la batalla entró en Quezaltenauco.

Encontró desierta la población, y mandó hacer alto á su ejército para descansar.

Seis días llevaban allí los españoles, cuando vieron dirigirse á ellos ordenadas huestes.

Alvarado salió á su encuentro con doscientos españoles, noventa y seis á caballo, y buen número de indios aliados.

Se situó en un llano muy extenso, á tiro de arcabuz del real, por si necesitaba pedir esfuerzos al grueso de su ejército.

Ordenó cada capitán su gente según la disposición del lugar, y un momento después comenzó la batalla.

También en esta ocasión la victoria coronó los esfuerzos de los españoles.

Los de á caballo consiguieron el alcance más de dos leguas.

Los peones hicieron una increíble matanza al pasar un arroyo.

Los caciques y personas más importantes de la

ciudad se retiraron á un cerro, donde no tardaron en ser presos por las tropas de Alvarado.

En tanto que este valiente capitán reposaba de las fatigas, sus enemigos proyectaban un plan de venganza terrible.

Los de Utlatlan y Quezaltenauco convocaron á sus vecinos y amigos, y reunieron otro numeroso ejército.

Enviaron á decir á Pedro de Alvarado que desearían cesasen las hostilidades, y que se sometían gustosos á la obediencia del monarca de España, y le rogaban que fuese á Utlatlan para rendirle el tributo de su admiración por sus relevantes pruebas de valor.

Alvarado creyó de buena fé estas amistosas protestas, y se puso en camino.

Pero al aproximarse á la ciudad vió que la calzada estaba deshecha, y sospechó una traición.

Se confirmó en esta creencia al notar que por allí no había mujer alguna.

Sabido es que los indígenas, antes de empeñarse en guerra, hacían salir de las ciudades á sus esposas y sus hijas.

Esperaban que los españoles se internasen en la ciudad para caer todos sobre ellos, y una vez en su poder quemarlos á todos.

Alvarado comprendió que por la fuerza no conseguiría nada, y apeló á la astucia.

Simulando que no adivinaba las intenciones de sus enemigos, les mandó algunos regalos, y suplicó

á los caciques y personas principales que viniesen á su real para pactar la paz.

Cayeron en el lazo, y entonces sufrieron el castigo que preparaban á los españoles.

Perecieron en las llamas, y despues de este cruel sacrificio, publicó un pregon Alvarado, diciendo que si todos no se entregaban, quemaria la ciudad.

Aterrorizados por la muerte de sus jefes, acudieron á prestar obediencia, y entonces confesaron el plan que meditaban los que tan cara habian pagado su infame conducta.

Alvarado les perdonó en gracia de su sinceridad, y despues de vender algunos como esclavos para resarcirse con su producto de las pérdidas sufridas, puso en libertad á los demás.

En aquel territorio abundan los criaderos de alumbre y de un licor que parece aceite.

Tambien se encuentra azufre, tan excelente, que sin refinar y sin preparacion alguna, hicieron los arcabuceros muy buena pólvora.

La guerra de Utlatlan se terminó á principios de Abril de 1524.

Una prueba palpable de lo arraigados que en aquella época estaban los sentimientos religiosos, es el final de la carta que para dar cuenta de los triunfos que obtenia escribió Alvarado á Hernan Cortés.

—«Para que nuestro Señor nos dé victoria en lo sucesivo;—le decia, —suplico á vuestra merced mande hacer una procesion en esa ciudad, á la que asis-

tan todos los clérigos y frailes, para que imploren el auxilio divino.

»¡Estamos tan apartados de socorro, que si nos falta la proteccion del Sér Supremo, perecernos en la ruda lucha que venimos sosteniendo!»